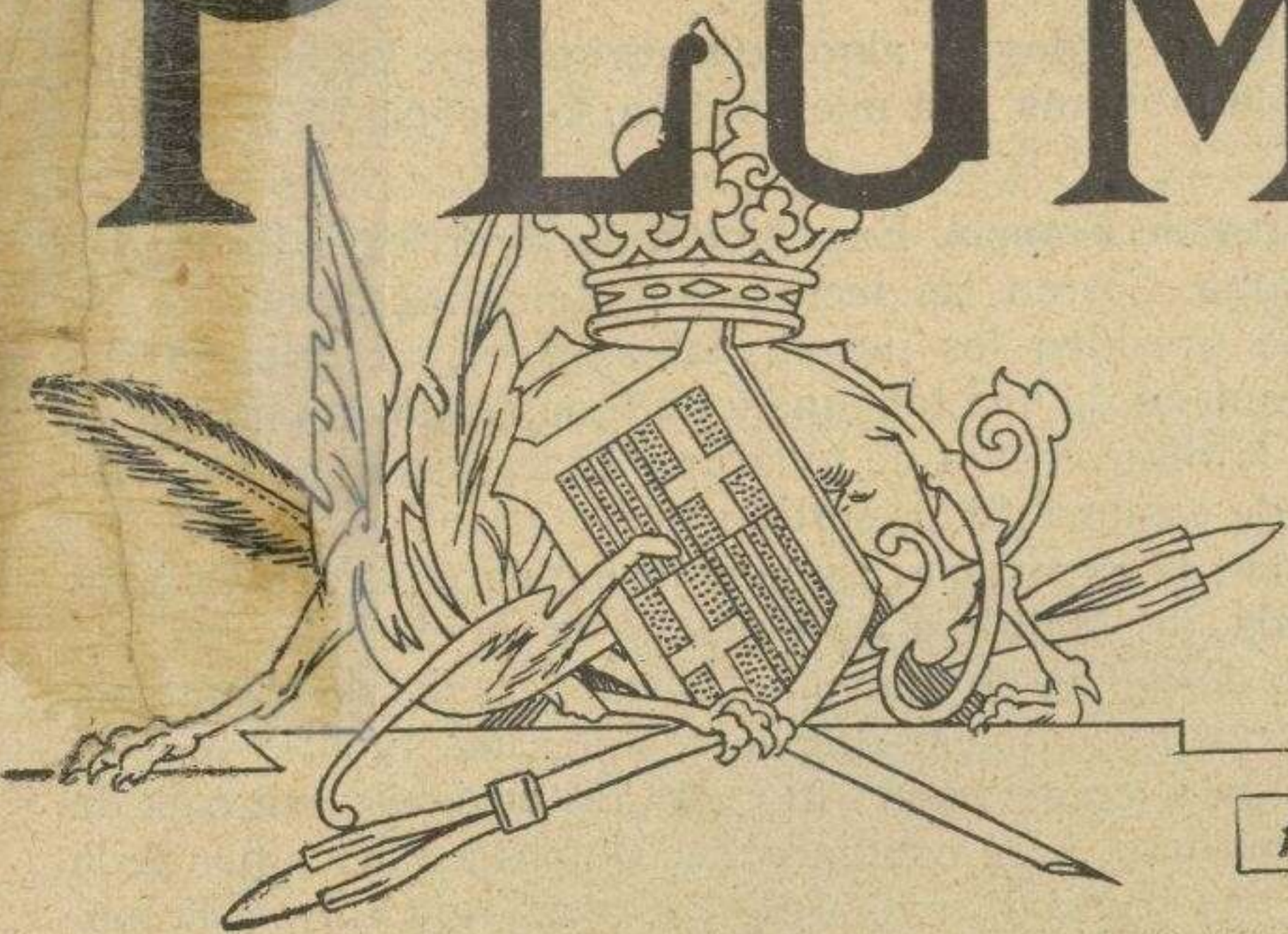


PLUMA Y LAPIZ

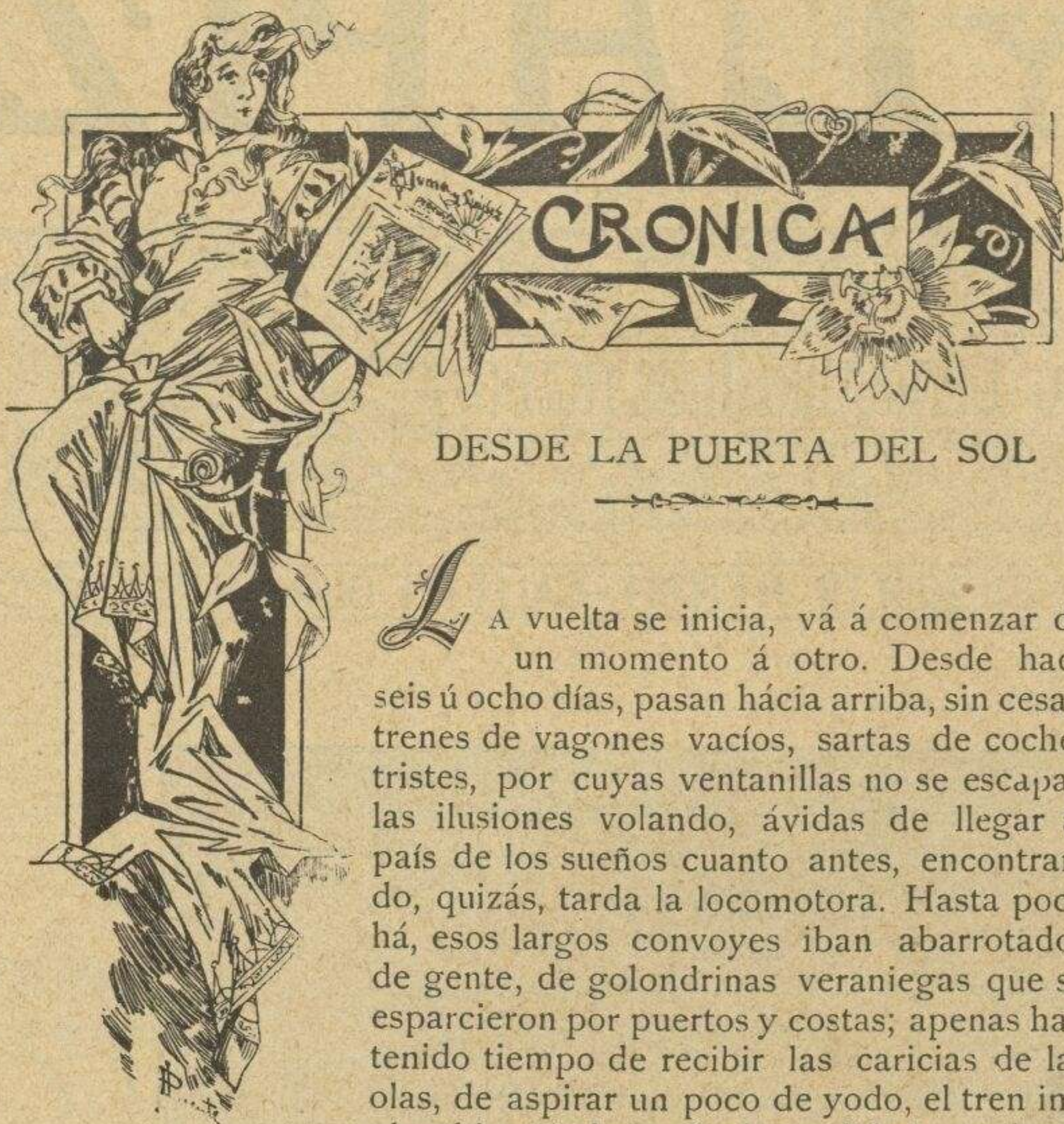


ADMINISTRACION BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO N.º 8.

Fuentes



FLORES JAPONESAS



DESDE LA PUERTA DEL SOL

La vuelta se inicia, vá á comenzar de un momento á otro. Desde hace seis ú ocho días, pasan hácia arriba, sin cesar, trenes de vagones vacíos, sertas de coches tristes, por cuyas ventanillas no se escapan las ilusiones volando, ávidas de llegar al país de los sueños cuanto antes, encontrando, quizás, tarda la locomotora. Hasta poco há, esos largos convoyes iban abarrotados de gente, de golondrinas veraniegas que se esparcieron por puertos y costas; apenas han tenido tiempo de recibir las caricias de las olas, de aspirar un poco de yodo, el tren implacable, símbolo de la realidad, vuelve á

buscarles para transportarlos á la villa y corte...

Esos cientos de coches que pasan y pasan, están destinados á ellos, á la clase media; la aristocracia, los emigrantes ricos, tienden el vuelo al principio del verano, y no lo abaten sobre sus elegantes cuarteles de invierno hasta que caen las primeras llúvias del otoño. El retorno de los que se ausentan con billetes de ida y vuelta, verificase con simultaneidad, casi en la misma época, constituye un verdadero deshielo; la licencia se acaba, el dinero también, y hay que volver la espalda á la dicha de gran señor que durante un mes ha libado el humilde mesócrata, engañándose á sí mismo. Ha hecho una volada de pájaro, pero de pájaro sujeto á una patita con un hilo, para que no se escape...

Ya han caído del favor del público, pero todavía existen, los célebres baños del Manzanares, satirizados por el lapiz festivo y por la musa cómica, en el periódico y en la escena. Los tales baños redúcense á varias albercas formadas aquí y allá en el curso del rio, cercadas con esteras y sin techo, para que el sol caldee el agua; en la mayor parte, no hay otra postura posible que las tradicionales cuclillas, ni otras olas que las que se mueven cuando se sumerge algún gordo; el traje habitual, aunque más de cuatro señoritas de tertulia con «Vorrei Morire» se endilgan, por propias manos, blusa y pantalones con lazos y perifollos, es en las mujeres (hablo de oídas, como es natural) un vestido viejo cualquiera; en los hombres, los calzoncillos ó un sencillo taparrabos. La hora predilecta, la de la tarde. Así, desde las cinco, distínguese en los tranvías que van y vienen una serie de siluetas de empleadillos modestos, de artesanos, de menestrales con su hatillo colgado del hombro. Chulás y chulos, modistas y estudiantes suspensos, patronas de casas de huéspedes baratos, reúnen allí después de refrescarse cada cual en su poza. Y exaltado el apetito con la ablución, ármase cada caracolada y cada fuente de callos en los ventorrillos de la ribera, que canta el credo... Falta la playa, pero sobra el buen humor. Un pretexto para que el Madrid popular se lave el «piso principal», como dicen en «El Barberillo de Lavapiés», y meriende.

Parodiando á Voltaire puede decirse que, si el dulce retiro no existiera, sería menester inventarlo. No se sabe que Felipe V. hiciera versos y, sin embargo, el real sitio de San Ildefonso no es otra cosa que un distico brotado de la musa cortesana. No hay más que tender los ojos, y verlo. Bajo los inmensos tilos, jarrones de bronce con desnudos en sus labores, diosas de mármol no más vestidas; en las fuentes, diosas que lucen sus formas de clásica belleza, salpicados sus torsos por abanicos de gotas de agua. El erotismo palatino del siglo diez y ocho, saliéndole al paso á la naturaleza, y refinándola. El reinado de Luís XIV., poeta, tuvo dos actos: el primero Versalles, el segundo la Granja; el Batilo culto y perfumado del Trianón regañó con el régio empresario, se vino con sus cintas de pastor al monasterio del Parral, y creó los admirables jardines que hoy constituyen el encanto de la provincia de Segovia.

La naturaleza es en la Granja brava y abrupta; el arte afeminado francés ha llevado sus sátiros y sus ninfas al corazón de una sierra enmarañada y ríscosa. Pero el apacible Pán, sorprendido en sus soledades por los versos de Molière, ha consentido en acompañarles con su caramillo, y de tan singular dúo ha resultado un reti-

ro que tiene algo de égloga y algo de madrigal, que huele á tomillo, el perfume de la montaña, y á miel inglesa, la esencia de la corte.

* *

San Luís, rey de Francia. Expedición de rigor, para los madrileños, á la Granja. Corren las fuentes ante el golpe de oro de los cortesanos que presiden los juegos del agua. La escena parece arrancada al esmalte de una tabaquera antigua, es una miniatura de Wateau, viva; la resurrección de toda una época histórica, evocada por el chorro de espuma de los surtidores.

Por lo demás, la excursión resulta con singulares atractivos para el turista. Salida de Madrid á las doce de la noche; llegada á la Granja, blanco de polvo, de mañanita; diez pesetas de almuerzo, ducha probable, á poco que se descuide, ante una fuente; todo el día al galope, para cojer buen sitio en los jardines; una caja de subnitrato de bismuto, para contener las demasías del agua de la sierra y evitar una danza «du ventre», y retorno á la corte á la media noche siguiente... La salida á Madrid se efectúa en camilla. Mal reverso de Saint Cloud. Y cierro por hoy mi cartera de viaje.

* *

De regreso de los baños:

El tren del Norte de Portugal llega al empalme donde los viajeros han de tomar el de Lisboa á Madrid. Una jamona española, en todo el atractivo de sus espléndidos cuarenta, se aparece en la ventanilla de un tercera y pregunta, con suprema candidez, á un mozo cruo asomado á otra inmediata:

—¿Es aquí el entroncamiento?

—Donde V. quiera, señora—la replica, sonriendo, el interpe-

ALFONSO PEREZ NIEVA

UNA CONSULTA

I

Tiene Doña Catalina muchos hijos; son varones y pequeños, el mayor cumplió anteayer los catorce.

Los hay, respectivamente, de dos, de cuatro, de doce, de diez, de nueve, de cinco, de seis, de siete y... ¡dos de once!

Llegaron por duplicado en el correo de Móstoles, (pueblo en el que veraneaba doña Catalina entonces).

Porque, eso sí, se querían con tal fervor los consortes, que, enamoradas palomas, todos los años... pichones.

Viuda doña Catalina, y madre de las mejores, estudia de sus cachorros los gustos é inclinaciones, para elegirles carrera que con ellos se conforme.

Malsegura de sí misma, vá, para que la asesore, á Don Macario Clarines, persona sesuda, y hombre que, en la ciencia mundológica es doctor de los doctores.

II

«Mi Juan solo está contento cerca del agua. Mentira parece, pero delira por el líquido elemento.

Todo el día se lo pasa, jugando tan ricamente con el grifo de la fuente de Lozoya, que hay en casa.

Otro juego, le fastidia. El, ni toros, ni toreros... ni al chito... ¡Vé á los mangueros con unos ojos de envidia!

¡Cual se entusiasma el chiquillo cuando los vé funcionar!... Y las horas de regar...

¡anda, las sabe al dedillo! Ni un día pierde el cachorro la operación del regado. ¡Si viera usted, el condenado, lo que goza con el chorro!

Indica su sonreír la felicidad que siente. En el agua, fijamente, debe estar su porvenir.

¿Qué hago de Juan, don Macario? ¡A marino hay que meterle!...

—No, no señora; hay que hacerle tabernero... ó boticario.

»Pepe, es de otra manera.

El vino generoso, voy notando que es el bello ideal del señorito. De ocultis siempre, porque no sé [cuando,

chupito tras chupito, me deja las botellas tiritando.

—Si el muchacho es goloso, comprendo lo del vino generoso; porque el dulce lo pide.

—Si el dulce no le agrada.

¡Parecerá mentira!

Cuando cojo la miel en Cervellera, exprimidos prefiere los panales.

Menos la miel le tira que la cera; la cera sí le tira;

pero, ¡de que manera!

¡Y qué limpio es mi Pepe! ¡Es un [espejo!

Dosiguales á él no habrá en Europa.

No limpiará su ropa sin que—hasta el punto de sacarle [brillo—

haya limpiado antes el cepillo.

Y para sus afeites, pomadas no, prefiere los aceites.

¿Qué hacemos de Pepillo?

—Meterlo á sacristán ó á monaguillo

»¿Y Luis? No quieren abades los colchones más mullidos...

¡Qué siestas, y qué ronquidos!

¡Y cuántas comodidades!

¿Y comer bien? Es su afán. No admite—asi lo proclama— más servicio que el del ama.

—Métalo usted á capellán.

»Piensa Blas, tener derecho á que se le considere sin hacer nada, pues quiere que todo se lo dén hecho.

Se lo dán y, destructor, el bien anula y... raquítico...

—Dedíquelo usted á político del bando conservador.

»Tiene Pedro sonrisa halagadora; las intenciones del contrario escarba sin descubrir la suya, el zalamero, y se rasca la barba

aun cuando se le limpia el comedero. Nunca dice: «Allá voy, y Dios me

[asista.]

—Político también, mas fusionista.

»Pues, ¿y Andrés? Tomar el sol, de holgar no más tiene gana.

Trabajar... Bueno, mañana...

—Dedíquelo usted á... español.

RAFAEL M.^a LIERN

Diselo tú sin miedo,
 porque, en provecho suyo,
 hablándola de dádivas
 yo sé que te ha de oír.
 —¿Es cierto lo que dices?
 Pues yo su amor desprecio;

de su pasión insana
 ya el alma se curó.
 Yo, su cariño hubiera
 comprado á cualquier precio;
 pero, ¡siendo ella misma
 la que lo vende, no!

JOSÉ ESTREMERÁ



COSAS ETERNAS

I

Mirándose los dos con tanto fuego
 que se rozan los ojos al mirarse,
 juntos los cuerpos, las cabezas juntas,
 y los brazos ciñéndose los talles,
 paseando van su amor y su ventura
 por el espeso bosque dos amantes.

Como cantando un himno á su alegría
 los pájaros gorgean en los árboles,
 susurra el viento cadenciosas notas,
 como queriendo repetir sus frases,
 y, á su paso, va el sol bañando en oro
 el palio de esmeraldas del follaje.

II

—Mira,— dice el mancebo, suspirando
 una ola inmensa del volcán en que arde,
 y estrechando en sus brazos á su amada:
 —Mira: ¿ves estos árboles
 que aquí han nacido, y en el mismo sitio
 en donde vieron tantos siglos antes,
 verán pasar, pegados á la tierra,
 más siglos y más siglos sin mudarse?
 Pues, testigo ese sol, menos hermoso
 que tus ojos brillantes,

de que, para quererte eternamente
 así he de ser de firme y de constante.

—Mira,— dice ella, ruborosa y tímida,
 sobre su ardiente pecho reclinándose:

—Mira: ¿ves esta tierra, todavía
 más firme que esos árboles,
 que aunque cambiaran ellos y mudaran
 seguiría ella siempre sin mudarse?

Pues, testigo ese sol, menos hermoso
 que tus ojos amantes,
 de que, para adorarte eternamente,
 así he de ser de firme y de constante.

Y dice el árbol:—De mi tronco mismo,
 la segur implacable
 cortará la madera de la caja
 en donde han de encerrar vuestro cadáver.
 Testigo el leñador que allá á lo lejos
 asoma y se dirige hacia esta parte.

Y á un gusano pequeño,
 que sigue á los amantes arrastrándose,
 le dice así la tierra:—Mira: hoy mismo
 voy á hacer un festín con esa carne;
 testigo tú, gusano, que la puedes
 probar al caer las sombras de la tarde...

Y el sol, ya cerca del ocaso, sigue
 bañando en luz alegre á los amantes...

MARCIAL DE LOS RIOS

EL MINISTRO CACHIVACHE

A mi simpático amigo y compañero Federico Fernández Ortuoste.

I

LA cosa pública fué siempre para Manolo Cachivache el verbo de todo lo existente, y en tal estima tenía el hervir de nimiedades y tan sabrosa hallaba la cotidiana comidilla de la polí-

tica, que, sentado en la angostez del taller de zapatero y portalucho de una casa de la calle de la Ruda, pasábase, de sol á sol, con las antiparras caladas y los diarios resbalando por sus narices á tres milímetros lo negro del impreso del blanco de los ojos; y, parroquiano ó parroquiana que acertase á encajar su persona en el metro en cuadro del tabanque era sabido que, antes de finalizar en el ajuste de los remiendos de las mal traídas botas, derrochaba, quieras que no, más de una hora en oírle al Marat de obra prima, un programa político ad-usum del pueblo, con el tan socorrido «corte de cabezas», democracia y libertad, ¡mucho libertad!, todos los ciudadanos fraternizando en una misma comunión de ideas... Y nada de pobres y ricos; lo tuyo, mío; y lo mío, mío; un reparto social, y cá-tate la pobre España hecha una balsa de aceite, y tutilimundi, un bienaventurado que no tendría quebraderos de meollo para agenciarse el pan nuestro, mejor, cocido de cada día.

Y esto decíalo Cachivache con la cabeza erguida, á la nuca un desperdicio de gorro verde, con más lamparones que sotana de sacristán perdulario, las antiparras en perenne equilibrio sobre la punta roja de su nariz que

«las doce tribus de narices era»

y en el gesto no se qué de apóstol furibundo que con sahumero de altisonancias, gritos y *asperges meis*, quisiera convencer al auditorio de la infalibilidad de sus doctrinas.

Y aunque el hombre tenía ahito el cerebro de grandilocuencias tribunicias, como quiera que también traíalo ayuno de composición, trabucaba lastimosamente los conceptos, y allá iban silogismos donde iban frases, pero, á bien que para la gente del barrio, aquel Manolo Cachivache, era algo más que Demóstenes, y oíanle boquiabiertos y embobecidos, y al salir del portalucho, hacíanse cruces de tan gran sabiduría en tan ruín zapatero. «¡Vaya un picó el del hombre!» «¡Si en vez de remendar zapatos hubiera estudio latines, me río yo de Castelar!»

Y después de una de esas frases de orador callejero «romper las odiosas cadenas de la tiranía», «ríos de sangre de los traidores», «la santa auréola de la libertad», añadía misteriosamente, con guiños en los ojos, y sonrisa de modestia mal disfrazada:

—¡Si yo fuera ministro!

Y tanto dió en repetir la muletilla, y tanto se la oyeron sus vecinos que, al fin y á la postre, y cuando menos podía esperárselo el señor Manolo, diéronle posesión los del barrio de un ministerio, creado entre burlas y regodeos irónicos, y todo el mundo apellidábale, acaso por lo eufónico de la frase:

—«El Ministro Cachivache».

II

En aquella triste mañana de Diciembre, la niebla envolvía á la gente del barrio, estacionada á todo lo largo de la calle de la Ruda.

—¡Que salga el Ministro Cachivache!

—¡El Ministro!...

—¡Cachivache!...

Y los gritos de la muchedumbre iban en aumento. Resonaban como una esperanza. Era preciso defenderse, levantar barricadas, proporcionarse armas y municiones, y los cachidiablos aquellos, en su mayoría vendedores de tres al cuarto, ante el amago de revolución que se les venía encima pedían un jefe; necesitaban que se colocara á la cabeza del movimiento revolucionario, uno con prestigiosa popularidad en el barrio.

En el bullir de opiniones, en la fermentación de la idea salvadora, cuando la sobreexcitación de ánimo llegaba á su apogeo, uno de los del pelotón, indicó al maestro zapatero como único jefe posible, y la turba palmoteó gozosa y acudió en tropel al portalucho del señor Manolo, encontrándose con la puerta cerrada.

A los gritos y á la zambra popular, respondió el elegido abriendo el portón, y, aunque era en pleno invierno, asomose en mangas de camisa, descalzo, los pantalones mal abrochados, con la faz pálida y soñolienta, los ojos como puños.

Escuchóse en la calle un atruéndoso ¡¡Viva!! que debió resonar en los oídos de Cachivache como un grito de gloria.

—¡Que salga! ¡Que se ponga al frente de nosotros! ¡Viva el Ministro Cachivache!—vociferaban todos.

Los más exaltados arremetieron contra el maestro zapatero y sacáronle al arroyo.

Cachivache, por la soberana voluntad del pueblo, convirtióse en capitán general de aquel minúsculo ejército de valientes.

III

Ya está levantada la barricada.

Agazapados detrás de la pira de colchones y piedras están los defensores que han constituido en cantón la estrecha calle de la Ruda; encuéntranse cerrados todos los huecos de las fachadas, alguna que otra cabeza atisva, con tanta curiosidad como miedo, el proceso de aquel día nefasto, en que la pasión política azuza los ánimos. El señor Manolo, en mangas de camisa, descalzo, los pantalones

PLUMA LAPIZ



Los Comuneros de Castilla en el cadalso
(Cuadro de Robert.)

mal abrochados, con la faz pálida, un fusil de chispa al hombro, vuelto de espaldas á la barricada, dá órdenes á la veintena de héroes anónimos para que preparen las armas:

—¡Ya están ahí esos! ¡Chicos, á defenderse!—grita, llevándose el fusil á la cara.

En la calle de Toledo se escucha toque de cornetas, y, á poco, la tropa enfila, frente por frente á la barricada.

—¡Fuego! ordena el jefe militar.

Y una lluvia de proyectiles cae sobre las piedras del parapeto; sus defensores contestan rabiosamente al grito de ¡Viva la libertad! un humo acre, negruzco, envolvió á los héroes sobre los que se destacaba como un Dantón el Ministro Cachivache. Una bala se clavó en su brazo, y al sentirse herido rugió como una fiera acorralada, y aunque la lucha era imposible, seguía defendiendo la barricada como una madre pudiera defender á su hija. Y cuando el ardor era más grande, en lo más recio del fuego, cuando las balas, como espíritus malignos, cruzaban la calle de un extremo á otro, silbando, incrustándose en las paredes, rebotando sobre los hierros del balconaje, haciendo crujir las maderas, destrozando los cristales; cuando los gritos de furor salían más roncós de las gargantas de los hombres y la corneta hacíase oír extridente; cuando los ayes de los heridos rasgaban la neblina como un supremo apóstrofe, dirigido á la inmensidad, por aquella lucha fratricida, allá, en medio de la calle, vióse á una pobre niña de ojos azules y cabellos rubios, tan hermosamente provista por la naturaleza como desheredada por la fortuna.

La chicuela, sin duda burlando la vigilancia de los suyos, había salido al arroyo.

Y en él permanecía la pobre niña con los ojos muy abiertos, mirando estúpidamente aquel cuadro que á cada segundo aumentaba sus sombríos tintes.

Cachivache, al verla, barboteó un juramento, y, siguiendo los impulsos de su corazón, saltó de la barricada y corrió hacia el sitio donde se encontraba aquella niña:

—¡Métete en tu casa, demonio! ¡Que te van á matar!—gritábasele el señor Manolo.

Pero la chica, asustada al ver los fogonazos y el estrellamiento de las balas que pasaban como cohetes silbadores por su lado, miraba con expresión de asombro á aquel señor Manolo que corría hacia ella.

No llegó donde la chicuela; una bala cortó la vida del héroe y salvó la del ángel que, al ver de pronto caído en tierra á tres pasos al Ministro Cachivache que tantas mimoserías la prodigó siempre, dió un grito de horror y echó á correr espantada, refugiándose en el portal de su casa.

* * *

Aún se conserva memoria en el barrio de la imperecedera heroicidad del **MINISTRO CACHIVACHE**.

Decidme ahora si, de muchos Ministros efectivos, puede decirse otro tanto.

ALEJANDRO LARRUBIERA

LA IGUALDAD

Tantos fueron los golpes que á su negro le dió un día el señor por una falta leve, que el esclavo moribundo quedó. Era el pobre cristiano y, comprendiendo que el castigo fatal

le ponía á las puertas de la muerte, se quiso confesar. Y al ver al sacerdote en su presencia, le dijo el negro así: —Padre; siempre he creído y ahora dudo... ¡cuando voy á morir!

Mi vida entera la pasé obediente á mi dueño feroz; sufrí el hierro y el látigo y los golpes, sin la queja menor. Hijo de esclavos, el destino rudo me hizo esclavo á la vez, transmitiendo el enigma de mi raza á mis hijos también. Desde niño aprendí que Cristo siempre predicó la igualdad... y, solo el hombre, me decía, tiene la culpa de mi mal... Ellos destrozaron el precepto augusto... del Hijo de la Cruz... Ser esclavo y pensar de esta manera es, padre, gran virtud... Mas ahora pienso de distinto modo...

Ya me falta la fé... ¿Cómo ha de ser igual al hombre blanco, hombre de negra piel? Para hacer el cordero igual al tigre necesario será dar garras al primero, pues sin eso no existe la igualdad. Mientras haya hombres blancos y hombres [negros] es clara la cuestión: el negro será esclavo porque á esclavo le condena el color. Yo lamento mi duda, pero, padre, mi duda es racional; ¿Hay diferencia en el origen?... ¡Nunca puede haber igualdad!

LUIS DE ANSORENA

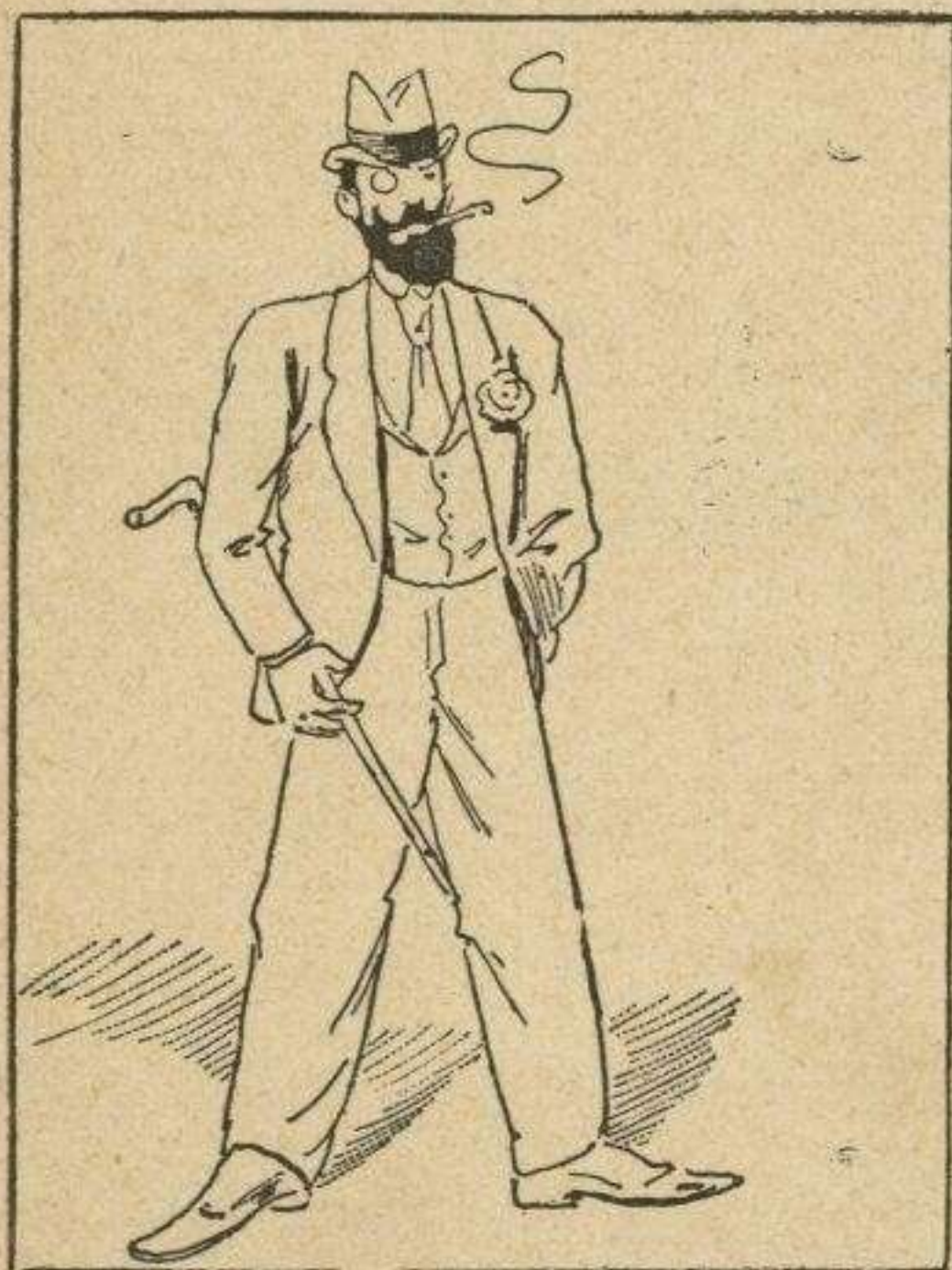


EL TROVADOR

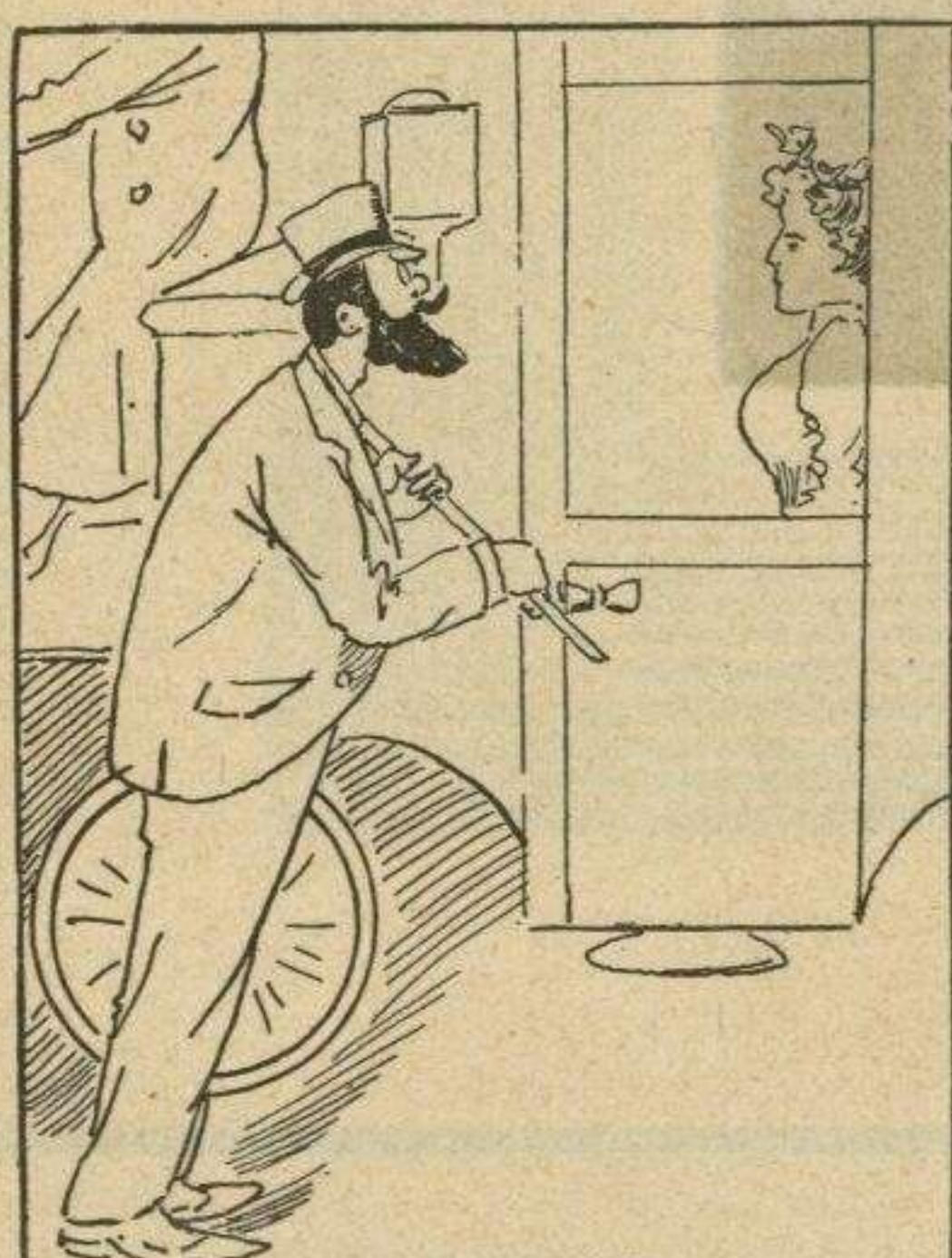
I

LA noche aquella se esperaba en Turbuleta, entre las personas pudientes, como la fecha de una gran solemnidad. Se trataba nada menos que de una reunión magna en casa de

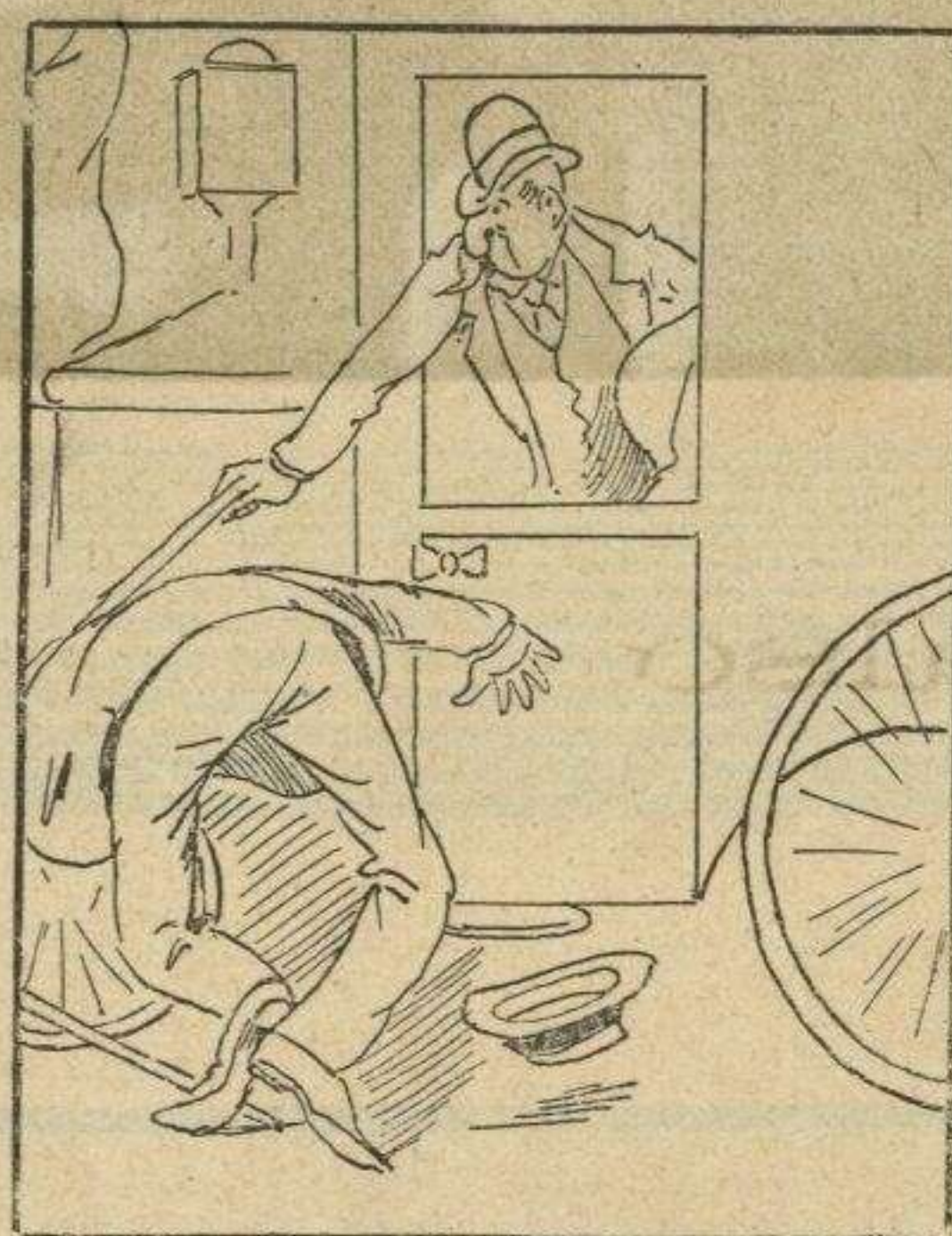
DAR EL GOLPE, POR FRADERA



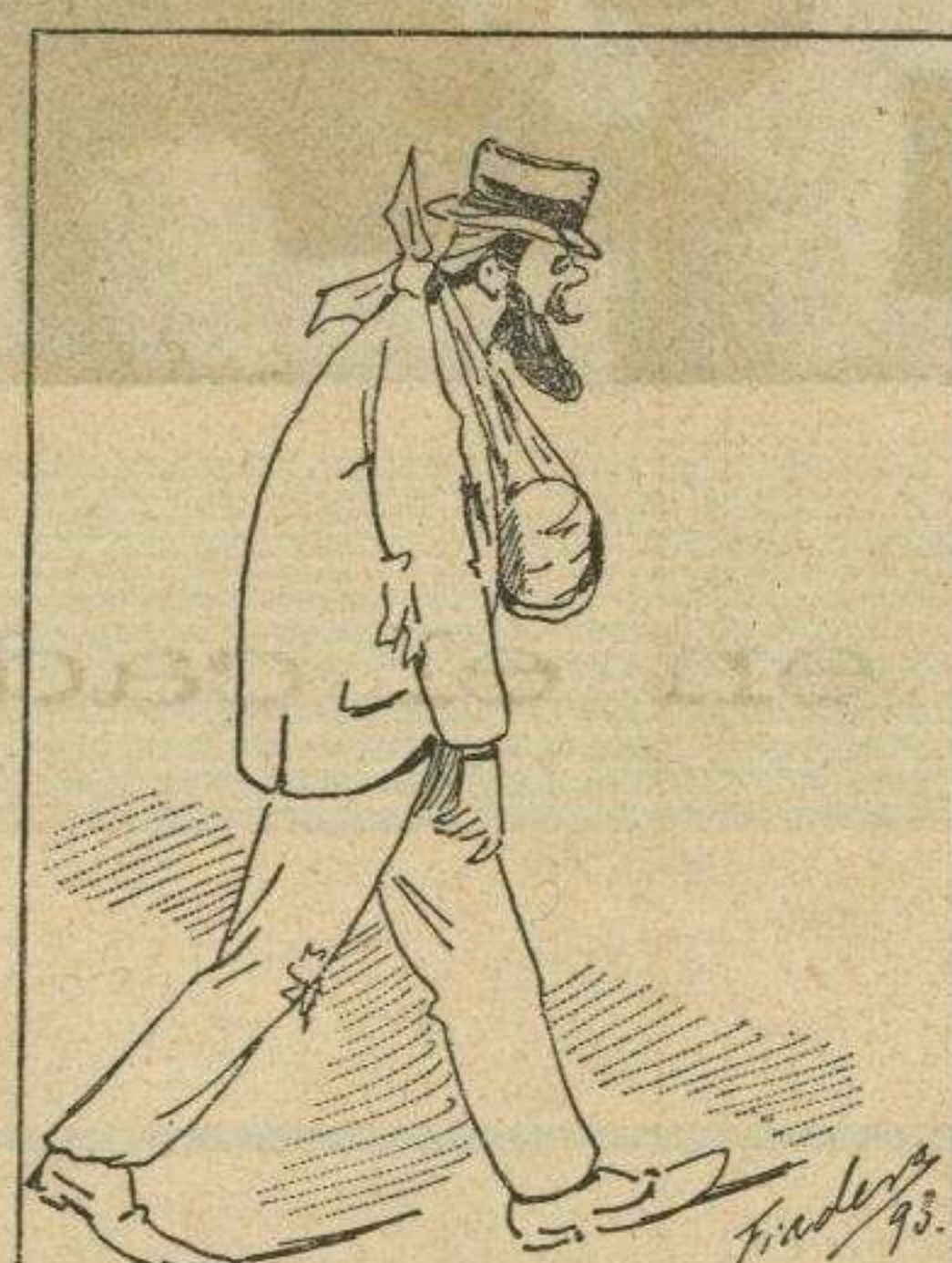
—¡Hoy sí que yo doy el golpe por elegante y por guapo!



—Monísima! ¡Remonísima! ¿Subo?... ¿Calla?... ¡Subo, claro!



—¡Animal, más que animal!... ¡Si me pega más lo mato!...



—Pues... para ir á dar el golpe... ¡no he encontrado yo mal palo!

los de Paquita, como llamaban á los Sres. de Rodríguez sus íntimos, sin malicia, desde luego, y sin otro motivo que el saber, como ellos sabían, que Rodríguez vivía dominado completamente por aquella D.^a Francisca, á la que él llamaba Paquita siempre, aun cuando se enfadaba, que era bien pocas veces por cierto, y tan mal que, si no es que él lo dijera, casi no se le conocía.

Y la verdad era que había motivo para todo. Los de Rodríguez habían anunciado á cuantas personas concurrían á su casa á las reuniones ordinarias, (ordinarias en el sentido de darse semanalmente, y en el otro), y á muchas más personas importantes, y, hasta lo habían anunciado haciendo imprimir las invitaciones, personales é intransferibles, (cosa, esta última, de D.^a Paquita, que sabía lo que son las de Turbuleta para que más de cuatro quisieran asistir á la reunión aquella noche, fuera como fuera), que el día tantos habrían sus salones, y se verían muy honrados (aunque esto no quería ponerlo ella) si les favorecían etc., etc.

Y lo más gordo de las invitaciones no era la cartulina, ni la redacción, ni lo de abrir los salones, (que el comedor, la sala, la otra habitación, con las puertas vidrieras de la alcoba tapadas convenientemente, y la cocina y demás dependencias, adornadas y transfiguradas, como salones eran); lo más gordo, lo que á todos los elegantes de Turbuleta había hecho esperar aquel día con tanto delirio, lo que era tema de todas las conversaciones y hacía que los que no podían ir á la reunión hecharan sapos y culebras por la boca, y dijeran, en la Farmacia y en el Casino, que la carbonera se había habilitado para tocador, y que los portieres eran del salón de sesiones del Ayuntamiento, y mil cosas por el estilo, es que, en las invitaciones se anunciaba, en letras descomunales relativamente, que iba á cantar *todo El Trovador*. Elvira Guzmán.

Porque hacía más de un mes que en el pueblo no se hablaba más que de Elvira Guzmán. Una viuda (al decir de ella) joven, hermosa, elegantísima, *fashionable*, como decían los gomosos en el Casino, que había llegado á Turbuleta acompañada de una doncella, rodeada del mayor misterio, y sin que nadie supiera de ella más que el nombre y alguna pequeña cosa más.

No faltaba quien al nombrarla (los dos ó tres muchachos más tenorios de allí) sonreía maliciosamente, ni faltaban ¡qué habían de faltar!, muchachas bonitas que hablaban de ella con cierto desprecio, y, por sus modales y su vestir afrancesado, la llamaban, en voz baja, la *cocot*; pero lo cierto es que ni de ella se sabía nada, ni nada podía decirse, y rabiaba la gente por conocerla y tratarla y saber algo.

De una parte eso, y de otra lo de cantar *todo el Trovador*, ya eran motivos más que suficientes para que pasara lo que pasaba.

II

Llegó el día, ó la noche, mejor dicho.

Hasta en la escalera había gente esperando aquel extraño debut, el único debut de verdad que iba á haber en Turbuleta, donde jamás, ni en el teatro, se había cantado una ópera.

A manera de programa se habían dispuesto varios números que hubo que suprimir, porque los invitados no estaban por sinfonías ni cosa que no fuera la Elvira Guzmán.

El mejor pianista del pueblo, que era al mismo tiempo el abogado más antiguo, se sentó al piano, y, poniendo en el atril *El Trovatore* (que Elvira había dicho días antes á los amos de la casa que no necesitaba ensayar con el *maestro*, porque de sobra lo sabía) empezó, dispuesto á tragarse la ópera entera, y después de decirle que le daría la señal de entrar.

Dióle la señal, y los concurrentes sorprendidos, oyeron... oyeron:

*Trovador gentil,
arpa del pensil....*

La explosión de desencanto fué imposible de describir, y el escándalo más imposible de describir todavía.

Si á D.^a Paquita la dejan, la ahoga.

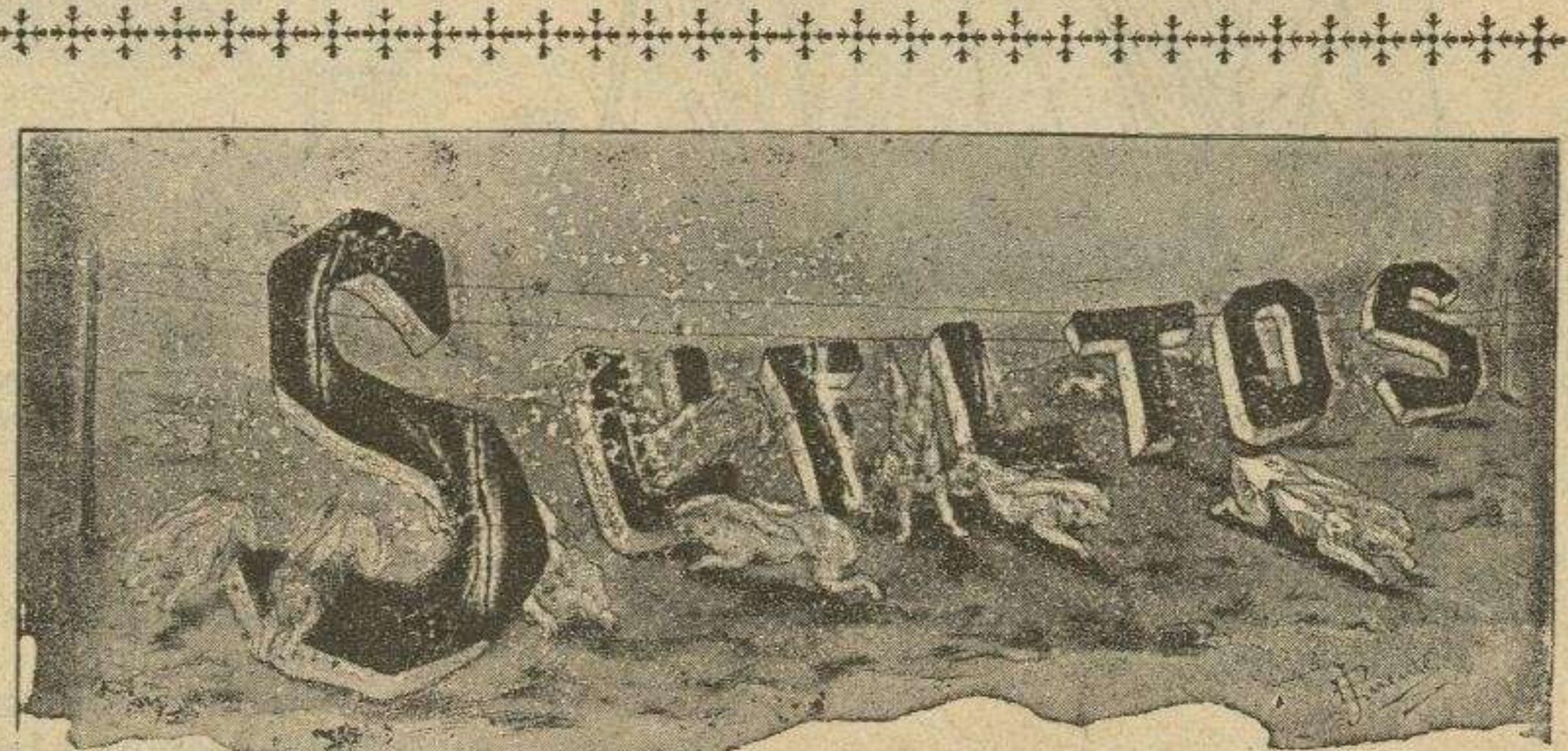
—Pero oiga usted:—decía á D.^a Paca, uno de los contertulios.—¿Cómo se explica esto?

—¿Qué sé yo?—decía ella, echando chispas. Yo fui á invitarla á su casa por dar á Vdes. esa sorpresa, y al decirme ella que cantaba alguna cosita, entre otras *El Trovador*, le propuse que cantara en mi casa algo. «¿Algo? no; todo, me dijo. ¡Eso no vale la

penal» ¡Quién iba á pensar que nos saldría con *el trovador de El Barón de la Castaña!*

—¡Sí, sí!... ¡El barón! ¡La castaña hembra!...

JOSÉ BUSQUETS



A los ataques de *La Saeta* han seguido los de un papelucho,—ligado con él por un parentesco muy *directo*,—de esos que viven explotando los chistes pornográficos, dando continuo quehacer al Juzgado...

Contestamos á los de *La Saeta* por darle una lección, aunque, por la forma en que sus ataques iban envueltos, ni la merecía ni ha de saberla aprovechar. A los del papelucho á que aludimos, no podemos contestar mientras, para ponernos á su *altura*, no nos olvidemos de dos cosas que, ni para discutir con él podremos nunca dejar á un lado: la dignidad y la educación.

Lo que á uno y otro aseguramos, prometiéndoles no volver á ocuparnos de ellos jamás, es que, mientras la prensa seria de Barcelona y de Madrid, mientras los periódicos que valen algo, sigan elogiándonos, nos seguiremos riendo de estos ataques que, lejos de perjudicarnos, nos favorecen muchísimo.

¡Si el público ya sabe que cuanto más se ataque á un periódico que con nadie se ha metido jamás, ni nunca ha merecido censura alguna de los verdaderos censores, es una envidia más grande!

¿Un ataque nuevo? ¡Mejor! ¡Una envidia más!



¿Que estamos mal? ¿Que las cosas se ván poniendo perdidas?
¿Que se ahoga el contribuyente?
¿Que hay que hacer economías?
¿Que es preciso que el gobierno tome muy grandes medidas?
Pues no se apuren ustedes:
los ministros ya cavilan,
y... ¡ya nos cambian de trajes
otra vez, la infantería!



No pasa un día sin que los periódicos locales den la noticia de haber sido mordido algún individuo por algún can, reproduciendo al mismo tiempo las continuas quejas del vecindario, que clama contra esa plaga de perros que, sin bozal ni dueño, vagan por esas calles.

Y no pasa día sin que los *luceros* municipales, encargados de acabar con la plaga, no sean objeto, por parte de todo género de transeuntes, grandes y chicos, de las *pitas* más canovistas y de las *brincas* más fenomenales.

De manera que... ¡a ver quien me ata esos perros por el rabol!



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. R.—*Madrid*.—Las liebres serán todo lo libres que V. quiera, pero no tanto que se tomen la libertad de codearse, como consonantes, con la palabra *libres*. Ya no serían liebres entonces; ¡serían gazapos!

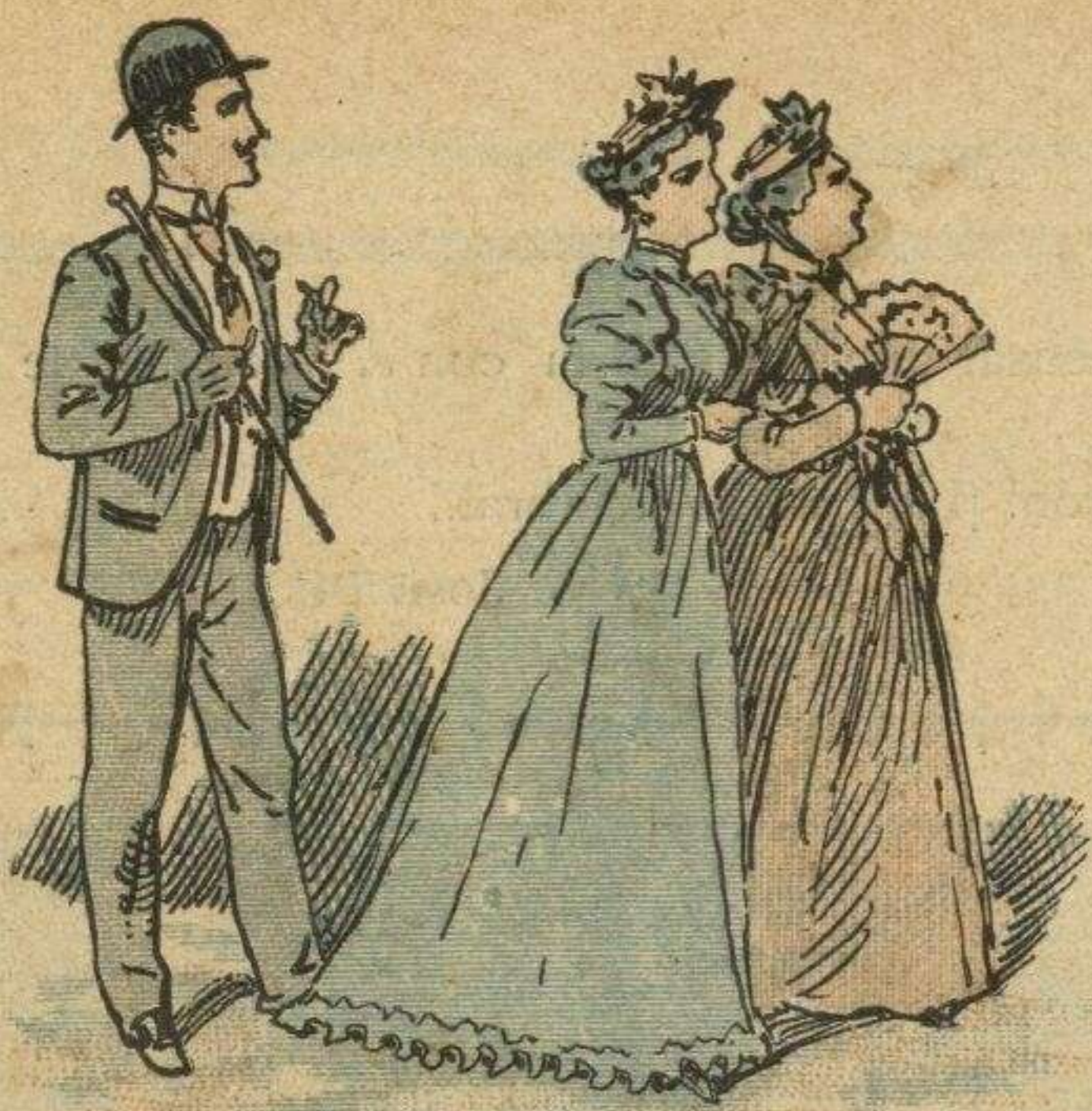
A. S.—*Salamanca*.—Ahí va:

Son tus labios un rubí
partido por gala en dos,
arrancado para tí
de la corona del señor.

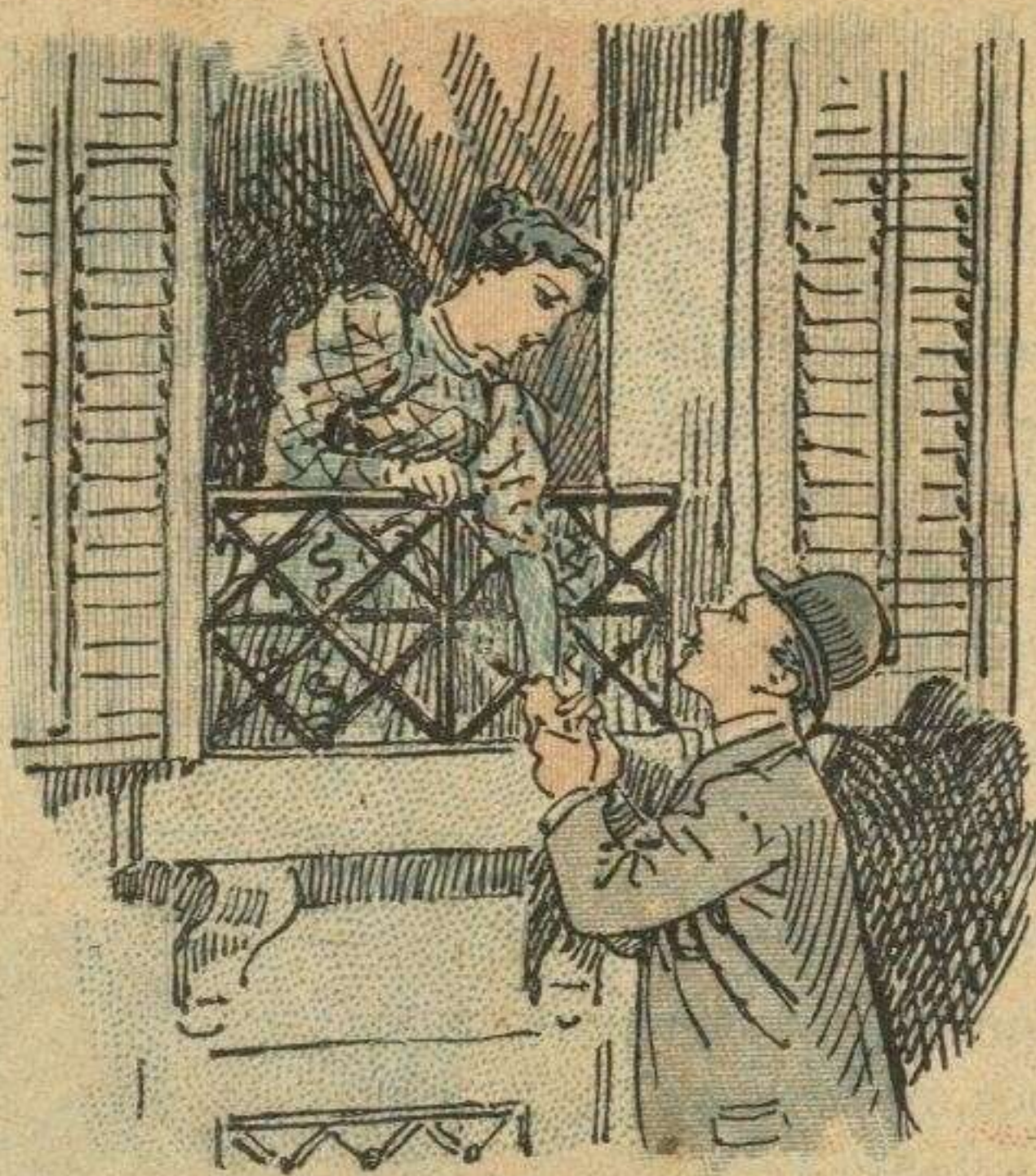
Para acabar de hacerlo original no le falta á V. más que dedicárselo á Sagasta.
N. N.—*Barcelona*.—Pues, no, señor: yo creo que hay padres de familia muy respetables, y no es bastante que muchos hagan el burro, como V. dice, para que nosotros nos metamos con esa respetabilísima clase.

Clarita.—¿Nuestra opinión sincera, señorita? Pues, no nos gusta: ¡la verdad clarita!

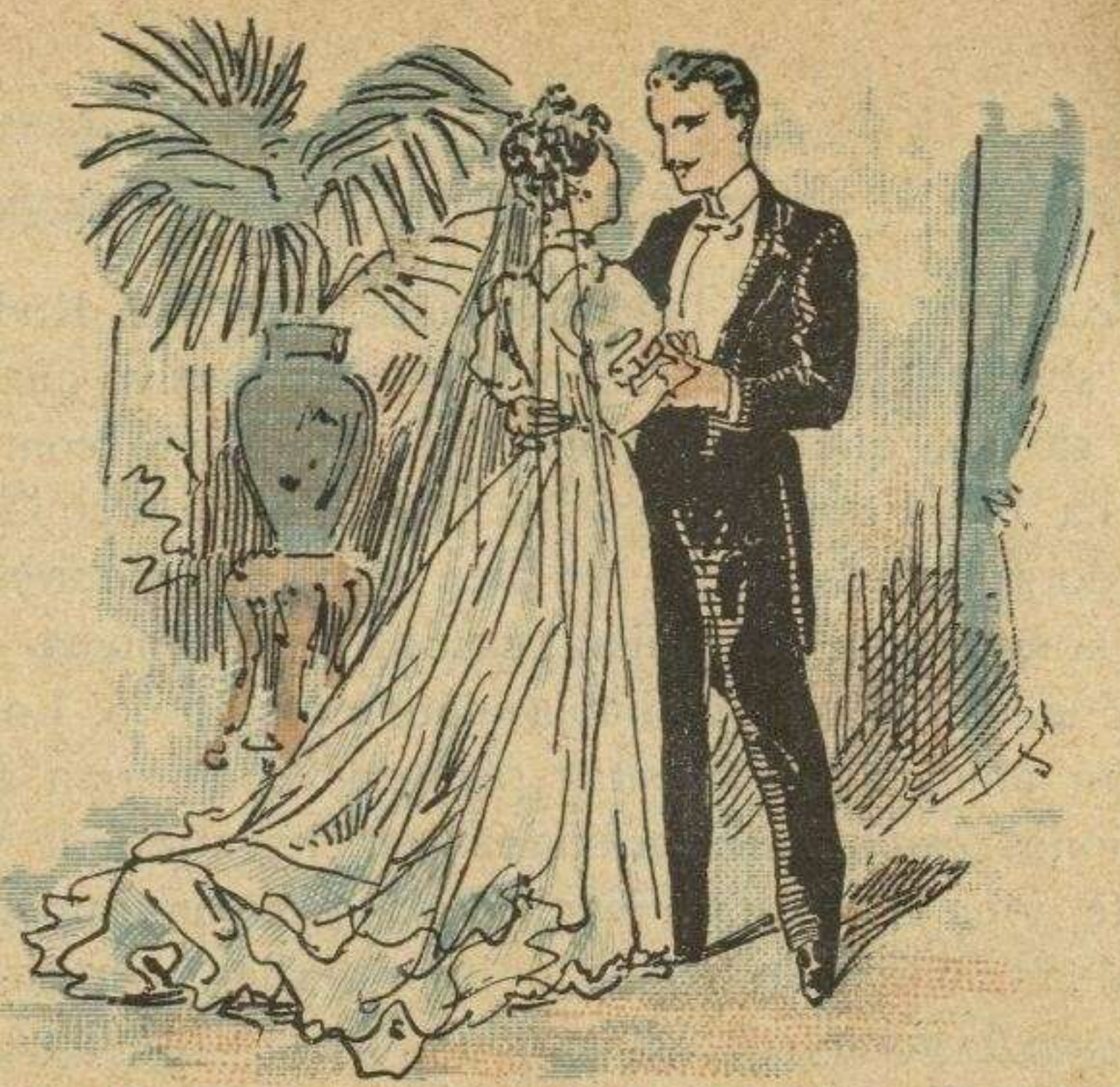
(Quedan más cartas por contestar.)



1.—¡Divina! ¡Divinísima! Soy capaz de adorarla á V. hasta el día del juicio final, y el día del juicio final empezar á adorarla otra vez.



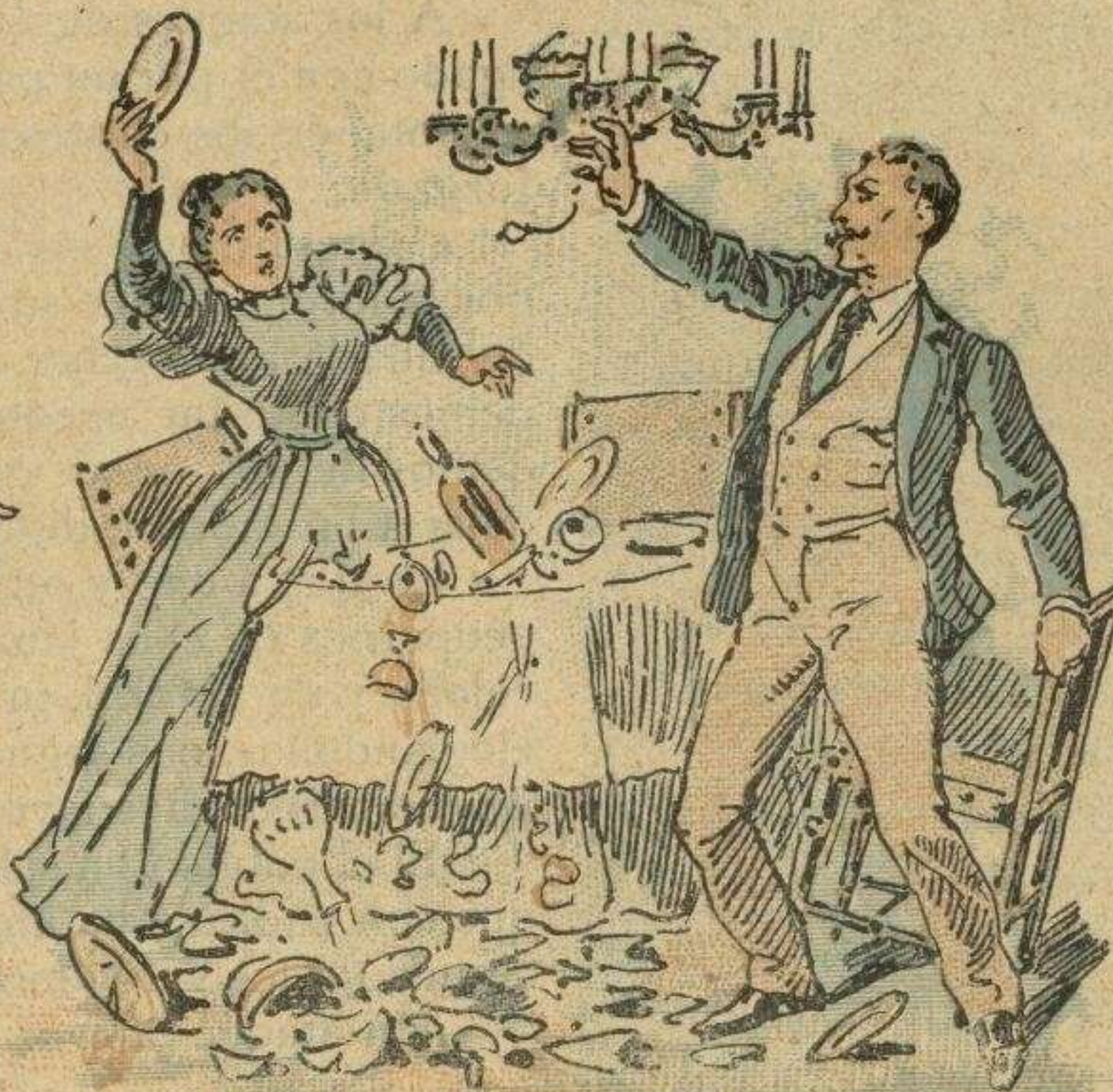
2.—¿Me quieres? Dimelo otra vez.
—¡Pero si ya son las cinco de la mañana y te lo he dicho mas de cinco millones de veces!...
—¿Cinco millones? Pues mira, vidita: ¡lleguemos á los cinco y medio!



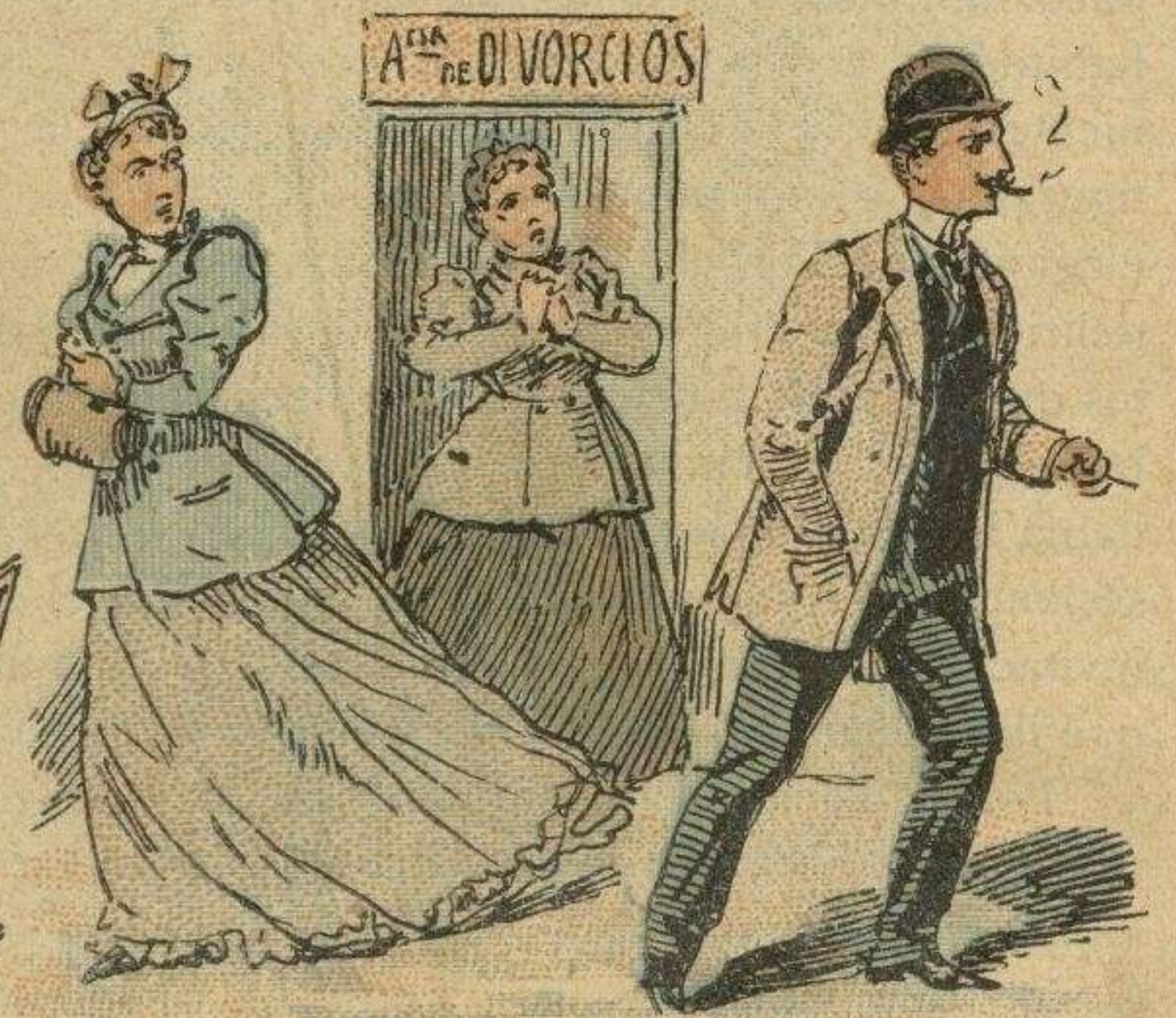
3.—¡Por fin, después de tantos años, estamos solos, completamente solos!...
—¡Que dicha, pasar así toda la vida!



4.—Pero, mujer: considera que estar aquí siempre solos es algo aburrido!...
¿Que menos puede pedir un hombre que una hora para ir al casino?



5.—¡Lo que no quiero yo es vivir ni un minuto mas con un tigre!
—¡Y yo, ni medio segundo mas con una hiena!



6.—¡Que dicha mas grande salir juntos y marchar cada uno por un lado!...
Es un gran refrán ese de que «el buey suelto, bien se lame»

TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES, RELIEVES

Y CASA EDITORIAL

DE

BUSQUETS HERMANOS

Calle del olmo, núm. 8

BARCELONA

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona. trimestre 2 Pesetas
Provincias. semestre 4
Ultramar y extranjero. un año 13

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID

para la venta de números corrientes y atrasados

D. ANTONIO FERNANDEZ. — MAYOR, 2 y 4

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COILL. — Calle de Chile, número 2164

VERMOUHT UNIVERAL

MANSIÓ

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

FABRICA EN SANS

CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositarlos Exclusivos en España
DE LOS ACEITES,
grasas y desincrustantes
MARCA FENIX
Correas, Empaquetaduras, Gomas,
Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación directa de aceites minerales
de Rusia y América
BILBAO, BAILEN, 176
(Teléfono n.º 638)